

deje que muera antes de concluir esta telaraña, que ella es presente que ofreceré a la Muerte. ¿No sabe mi promesa? Ah!, la muerte morará entre los hilos blandos de esta urdimbre que he venido tejiendo en el reposo de mi lecho. Quiero tenerla dentro de mi cuarto, lejos del desamparo del jardín y de la calle, para hacerla piadosa y así achatarle el buril que ha tiempos hunde en este cuerpo desarmonizado. Mire cómo he laborado el centro, pensaba en la cabeza de un ogro henchida de pensamientos ruines. He sentido que la hebra la tejía una araña de patas de diamante y no mis dedos secos y tardos».

Aquella mañana empecé a amar a Eulalia y la tortura de su cuerpo me hacía ir a melancolizar junto a su lecho de enferma. ¿En dónde os refugiáis, fuerzas sagradas del espíritu, cuando se tornan en arcilla los mármoles del huesoso taller de nuestro cuerpo? Los finos buriles de diamante con que modeláis hornacinas de entradas majestuosas, se recogen en estuches custodiantes al rozar la tierra sin temple. Y todo sufre letargo en esta transformación arcillosa. La fuerza creadora del cincel es reemplazada por el fuego caldeador, y un perenne amontonamiento de escorias lastra nuestra vida desventurada. ¿Por qué, fuerzas del espíritu, os recogéis contrariadas?

María Eulalia sufría rara transformación a medida que adquiría maestría en el arte de tejer. Su madre decía con piadoso dolor que la encontraba parecida a una araña.

«¿No ve como mueve sus dedos largos y flexibles? Ay! me da horror verla tejiendo esa tela odiosa».

«¿No sabe—decía Eulalia—que voy para araña que vuelo? Póngase a pensar en los años que llevo sumida en enfermedad cruel, mire mi cuerpo enflaquecido, mi falta de sangre, y así hallará natural lo que ahora la espanta». Hablaba sonriendo, como si sintiera complacencia en llevar dentro de sí un arácnido inmenso que fuera el artífice de su tela.

«Ay, hija mía, usted no sabe cómo sufro. ¿Por qué no cesa en su labor de tejedora de una tela inútil?» Y como nada conseguía, salía dejando sola a Eulalia.

Ella entonces pensaba con dolor en su pobre condición, enferma, sin sangre en sus venas. La telaraña comenzada en instantes de angustia, era reflejo vivo de la melancolía de su espíritu torturado.

«Con la más fina seda—decía—tejo esta blanca telaraña para extenderla en el centro de mi cuarto. Hay una sutil vibración que por instantes llega a mí como el eco de la Muerte acampada en los umbrales del jardín. Quizá pueda ser la tela mansión propicia

para su cuerpo voraz y enjuto. Dialogaremos como pasajeros fugaces sobre el andén de un tren. Estará tejida para Navidad y será el regalo que la Muerte halle en mi aposento. El 24 de diciembre mi buena madre la extenderá a lo largo y entonando una oración saldrá dejándome en silencio. Entonces tú, Muerte hurana, penetrarás por la ventana a posarte en el centro ahuecado en forma de hornacina. Allí te arrellenarás como imagen santificada por fieles fervorosos, a esperar que mi alma vuele prisionera a los hilos tensos. Mi cuerpo angustiado reposará sobre las sábanas albas y tú te aprestarás para emprender el viaje triunfante».

..

Diciembre había llegado con sus vientos y sus soles que tanto alborozo ponen en las almas de los niños, y tanta melancolía hacen nacer en los que ya se sienten distanciados de esa edad. Viento y sol que se cuelean en nuestro interior y levantan las escamas ocultadoras de tiempos de niñez. Viene el recuerdo con su azogado cortejo de duendes portadores de diminutos estandartes en donde hay grabada una inquietud, una tristeza, un suspiro hondo salido cuando perseguíamos la mariposa de alas azules.

Mes cruel que nos llena el corazón de egoísmo y nos hace pensar en la vida que se ha ido, en la vida que se va, en la vida que se irá... quedando el cuerpo exhausto.

La enferma Eulalia seguía en su mismo lecho, tejiendo con afán la telaraña. Su madre, acongojada por el dolor, encanecía, sufría padecimientos crueles.

«Hija mía, ¿qué empeño tiene en concluir esa tela, que la debilita, que le acrecienta más la enfermedad, que me hiere el corazón? Hasta en las noches sufro el martirio; el sueño que anoche tuve me ha agujereado el alma. La ví a usted transformada en blanca y enorme araña, recorriendo en Noche Buena las casas de la ciudad, esculcando las cunas de los niños y clavando en ellos su ponzoña fatal. No se quejaban, porque, como era media noche, el sueño y la ilusión del Niño Dios, los mantenía acurrucados. Fué así de casa en casa y ya al amenecer su misión horrenda había terminado. ¡Ah, y qué espanto otro día! Todos los niños de la ciudad profundamente dormidos! Los padres apiñaban los juguetes junto a sus cabecillas indiferentes, los hacían producir ruidal desordenado, los amenazaban con regalarlos a otros niños despiertos, y todo era vano para volver a la vida a aquellos cuerpecillos anestesados. Corre pronto la nueva por la ciudad y las madres enloquecidas salen

de sus casas con montones de juguetes y perecen de desesperación en las calles.

Yo, en tanto, arrodillada ante usted acariciaba sus patas largas y peludas, y en nombre de Dios le pedía que remediase su crueldad».

«Y por fin, ¿en qué terminó el sueño? Siga, siga, que está lleno de belleza» exclama María Eulalia, riéndose alborozada.

«Ay, hija mía, si esa misma risa fué la que anoche salió de sus labios cuando yo oraba ante usted en demanda de piedad. Aguarde, no cuento más, voy a traerle el alimento, es ya hora,» dijo saliendo del cuarto.

¿Era realidad el sueño? La madre de Eulalia lloraba al recordarlo. Nosotros nos llenamos de piedad cuando lo narramos.

Diciembre empezaba a esfumarse en las brumas nuevas de enero. La Noche Buena se acercaba y en breve la enferma ilusionada concluiría la telaraña. Sin embargo, su madre sentía el presentimiento de la muerte. Eulalia, su pobre hija obsesionada, moriría sin dar un grito, tranquilamente. Tejía maravillosamente, pero a través de sus dedos se veía el influjo de un arácnido infernal.

Y así fué. María Eulalia no llegó al 25 de diciembre. Nadie vió morir aquél cuerpo sutil que soñaba con tejer la telaraña blanca de la Muerte.

¿Sería que tú, Muerte agresiva, clavaste tus uñas cuando ya casi te sentías prisionera en aquella tela prodigiosa? Había magia en los dedos de la enferma, cuando tejía la urdimbre que puso en tí espanto. Sentiste la atracción sagrada que iba a convertirte en moradora de un recinto suspendido en el espacio de su cuarto apacible. Tú, que moras siempre en lo tumultuoso, allí en donde puedes escoger almas, te sentiste horrorizada de creerte prisionera junto a la enferma buena y pura. Ah!, allí dentro de aquel centro tejido como cabeza de ogro voraz, habrías acurrucado tu cuerpo artero, incapacitándole para el ambular azorado por entre vidas humanas. María Eulalia, la enferma tejedora, quería dialogar contigo, Muerte misteriosa, entrar por las puertas de ébano de tus alcázares desconocidos, esculcar tus reconditeces malditas, poner la frescura de su espíritu sobre todas tus cosas marchitas. Quería albergarte en pliegues de encaje albo y tenue, a tí, que acechabas desde hacía tanto tiempo, en las sombras húmedas del jardín, en los umbrales de su casa aislada. ¿Por qué no la dejaste concluir el regalo que hacía para ofrecértelo en Navidad? Unía las últimas hebras, llenos sus dedos de habilidad de araña, cuando pusiste fin a la labor, en la tarde anterior a la Noche Buena.